

Muere el fascismo

La brutalidad fascista significa que sus protagonistas no piensan ganar la guerra

MAELLA

Nosotros los campesinos, los que regularmente estamos hechos de cultura, pero no de inteligencia, ante el trascendental proceso que se está operando en España, nos vemos precisados a hacer las siguientes advertencias al resto de los trabajadores de España. El triunfo de la revolución no sólo depende de las armas. La historia nos demuestra infinidad de casos que, a pesar de la bravura de los hombres y de disponer de medios defensivos, se tuvieron que rendir por falta de medios económicos; aquí, en las pequeñas localidades que apenas sabemos expresar nuestros sentimientos sociales por escrito o hablado, podemos demostrar a muchas localidades y ciudades que sabemos llevar a cabo lo que otros hombres más cultos nos enseñaron.

«El comunismo libertario» en Maella, pasó de ser un sueño de justicia social; hoy es una realidad viviente. El dinero, camaradas, ha desaparecido. El único valor es el esfuerzo. En ésta no cobran los médicos, ni los maestros de escuela. Desinteresadamente han hecho donación de ese absurdo privilegio; no cobra absolutamente nadie. Los intereses capitalistas están encerrados en una caja de caudales a manera de delincuente que cumple la sentencia eterna de su gran crimen; pero, compañeros de otras partes, su encierro lo es local o parcial, en contra de la voluntad de todos los maellanos: cuando tenemos que desplazarnos de Maella a otros puntos, tenemos que poner en libertad a este «viejo asesino».

Cuando tenemos que adquirir mercancías u objetos en las grandes urbes, nos hacen falta cuartos. Hace algún tiempo se desplazó un delegado nuestro a Barcelona y presentó unos vales en los que no se pedían perfumes, bebidas, tabaco o cosas de las que de momento podemos pasar sin ellas, únicamente lo que pedíamos a Barcelona, era maquinaria y útiles de trabajo, tan preciosos como los fusiles. Se nos dijo que se había tomado el acuerdo de no hacer efectiva ninguna demanda sin dinero a aquellas localidades o puntos que no fueran del frente de guerra. Nosotros que aprendimos de otros hombres más cultos, que el valor del Anarquismo era la solidaridad, nos quedamos sorprendidos una vez. El día antes se nos presentaron unos compañeros de Badalona con un vale firmado, o avalado por la Comandancia de Caspe, en el que se nos pedía treinta mil kilos de aceite. A nosotros, solidarios y anarquistas, nos bastó saber que lo precisaban y que nosotros lo teníamos. Tened en cuenta, compañeros, que esta demanda tiene un valor aproximado de cincuenta a cincuenta y cinco mil pesetas.

Lo avalaba la columna Ortiz-Ascaso, dos hermanos en Maella. No sólo tuvimos aceite. Pueden disponer de nuestra sangre: ellos dan más: dan su vida, y el hombre que da todo menos la vida, no da nada. Maella entregará a los hermanos del frente su último grano de trigo, su última gota de sangre. Lo entrega por la causa de todos, por la causa de la Libertad, por la causa de la Justicia... ¡Por el Comunismo libertario, por la Anarquía! Pero volviendo atrás sobre el acuerdo de Barcelona, tenemos que advertir que los fusiles se quedarán mudos, el los útiles de trabajo faltan; Maella tiene poco dinero, se acabará. El crédito capitalista, los anarquistas lo hemos suplantado por el crédito del esfuerzo. Los capitalistas vivían negociando con el crédito de sus intereses. Nosotros tenemos la base de este crédito, el trabajo. Si pedimos a una localidad por valor de cincuenta mil pesetas de maquinaria y no podemos de momento entregar más que por valor de veinte mil pesetas, entre trigo, aceite, etc., etc., reconocemos este Municipio libre, el débito de treinta mil pesetas, que iremos haciéndolo efectivo en las próximas cosechas.

Maella, cree así cumplir su misión histórica, allá con la responsabilidad de los que no se quieren ajustar a nuestra reorganización social.

Nos aprendimos la lección, la adentramos en nuestro cerebro y en nuestro corazón y la hemos cumplido.

El que quiera que venga, y lo vea con sus propios ojos. Así somos los campesinos.—El Sindicato de Campesinos de Maella (Zaragoza).

El tranvía rojo y negro

Con la natural emoción vimos ayer por las Ramblas barcelonesas el tranvía rojo y negro. Su paso iba despertando las simpatías del pueblo.

El color amarillo va a ser desterrado. Ahora, de una forma paulatina, se irán modificando, hasta que todos los coches circulen ostentando los colores de la C. N. T. y de la F. A. I.

Aunque estábamos acostumbrados a opinar que esto de los colores era una monserga, vemos que la realidad nos demuestra el valor de ellos. Un color u otro da lo mismo; pero no olvidemos lo que simbolizan.

El amarillo de ayer significaba el espíritu rastreador de aquellos «indios de Foronda», incapaces de protestar de ninguna injusticia. El rojo y negro de hoy significa la nueva concepción de esos modernos tranvías, de espíritu tan combativo como constructor, ejemplo del proletariado catalán.

Carta de Ilya Ehrenburg a Miguel de Unamuno

Don Miguel de Unamuno, profesor de la Universidad de Salamanca, ex revolucionario y ex poeta, colaborador del general Mola: En estos momentos difíciles, quiero que hablen ustedes y yo, escritor con escritor. No quiero recordarle nuestras entrevistas, que le comprometerían ante los ojos de sus dueños. Sólo nos une el hecho de que ni uno ni otro tenemos en la mano fusil ni pala de sepulturero, sino la pluma de escritor. Usted ha hablado muchas veces con orgullo de nuestra profesión. También yo me enorgullezco de de ella. Y hasta me enorgullezco ahora, cuando leo los renglones escritos por usted.

Hace cinco años estuve en el pueblo de Sanabria. Vi allí campesinos martirizados por el hambre. Comían algarrobas, corlezas. A orillas del lago, había un restaurante para turistas. Me enseñaron el libro de firmas de los huéspedes. Usted, Unamuno, había escrito en sus páginas unas líneas sobre la belleza del paisaje circundante. Español que hacía profesión de amor a su pueblo, no supo usted ver más allá de las suaves ondulaciones del agua, del óvalo de las colinas. No vio usted los ojos de las mujeres que apretaban contra su pecho a los hijos medio muertos de hambre. Por entonces, escribía usted artículos profundamente estéticos en todos los periódicos callejeros de Madrid. Hasta escribió usted un artículo sobre el hambre: cien renglones de investigación filológica acerca de la palabra «hambre». Exponía usted minuciosamente cómo el apéndice del hombre del Sur no es el apéndice del del Norte, y cómo el hambre descrita por Homero difiere usted las manos: no quería estar ni con los del hambre descrita por Quevedo. Se lavaba hambrientos ni con los que les alimentaban con el plomo de las balas. Quería usted ser poeta puro y colaborador de periódicos de gran tirada.

Han pasado cinco años. Lo más bajo de España: verdugos, herederos de los inquisidores, carlistas dementes, ladrones como March, han declarado la guerra al pueblo español. En Sanabria, cayó en poder de los bandos el general Caminero, leal al pueblo. Los malaventurados campesinos de Sanabria habían huido al monte. Con armas de caza bajaron, contra las ametralladoras. ¿Qué hizo usted, poeta, enamorado de la tragedia española? De la cartera, donde guardaba los honorarios de las elucubraciones poéticas sobre el hambre, sacó usted, con la esplendidez de un verdadero hidalgo, cinco mil pesetas para los asesinos de su pueblo.

Dice usted: «Me indigna la crueldad de los bárbaros revolucionarios». Y lo escribe usted en la ciudad de Salamanca. De seguro, pasea usted con frecuencia bajo los soportales de la Plaza Mayor. La plaza es preciosa, y usted ha sido siempre un enamorado del estilo Renacimiento español. ¿No ha visto usted, paseando por la plaza, el cuerpo del diputado Manso, que los nuevos amigos de usted han ahogado para defender la cultura de los bárbaros? Las columnas obreras han ocupado Pozoblanco. Han hecho docientos prisioneros de la Guardia civil. No han dado muerte ni a uno solo de ellos. En Baños, los blancos roclaron de bonchica y quemaron vivos a diecinueve campesinos inertes. El diputado por Córdoba Antonio Jaén, que manda los obreros que sitian Córdoba, se ha dirigido por radio al que fué su amigo, el general Cascajo, que lucha ahora al lado de los rebeldes. «Si no te rindes, serás responsable de la suerte de una ciudad tan querida, de miles de vidas humanas, de los monumentos artísticos de Córdoba»; éstas han sido las palabras de Jaén. Y Cascajo ha contestado: «To aconsejo, Jaén, que no vengas hacia Córdoba, porque tengo en mis manos a dos hermanos tuyos».



Usted, Unamuno, ha escrito mucho sobre la hidalguía española. Sí, oy me inclino reverente ante la hidalguía del Pueblo español; pero no son los verdugos de Salamanca sus herederos, sino los trabajadores de Madrid, los pescadores de Málaga, los mineros de Oviedo.

Oporto usted mantener la tradición artística de España. También la mantienen los obreros, que han salvado del fuego a centenares de cuadros y de imágenes de las iglesias que los fascistas habían convertido en fortalezas.

Estuvo en Oviedo esta primavera. Ya en octubre de 1931 habían demostrado los amigos de usted cómo aprecian los monumentos de su patria. Habían colocado ametralladoras en el campanario de una catedral gótica. Ahora han convertido la Alhambra en una fortaleza. Su mocencia, el general Franco, ha declarado que está dispuesto a destruir media España con tal de vencer. El probo general, en su modestia, no quiere disgustarle. En realidad, está decidido a terminar con España entera con tal de derrotar a su Pueblo.

Dice usted que el misero y el analfabeto hablan con entusiasmo de Rusia. «No pueden saber lo que es Rusia, cuando no conocen ni su propio país». Sí, usted tiene razón: en su país hay muchos analfabetos. ¿Y quién tiene la culpa de ello, sino los generales, los curas y los banqueros que han reinado siglos y siglos en España? Cuando España ha despertado, cuando ha sentido deseos de saber, cuando el obrero ha tenido en sus manos un libro, cuando los campesinos han exigido escuelas, jesuitas y capadoces se han decidido a ametrallar a su Pueblo desde aviones Italianos y alemanes. Cuando se tomó Tolosa, los blancos se apresuraron a sacar todos los libros de la biblioteca pública para quemarlos solemnemente en la Plaza Mayor. Donante generoso, sus cinco mil pesetas no son para escuelas, sino para hogueras. Pero está usted tranquilo, que Dios se las devolverá centuplicadas. Sus ejercicios filológicos sobre el hambre serán seguramente traducidos ahora al alemán.

Se sonría usted del «miserio» campesino que habla de Moscú. De seguro que no sabe cómo viven las gentes en mi patria, no conoce sus ciudades, ni sus ríos. Pero sabe una cosa, y es que en Moscú no hay más generales Franco, ni verdugos como los de Salamanca, ni escritores que puedan burlarse del hambre. Por esto repite con entusiasmo el nombre de Moscú. Y a España la conoce mejor que usted, Unamuno. Es posible que no se haya fijado en la línea de alguna colina. Pero sabe por sí mismo lo que es el hambre, lo que es la lucha y lo que es la dignidad.

De pronto se ha puesto usted a hablar con palabras vulgares, al alcance de todos. Ha dejado usted de razonar sobre raíces y sufijos. Bendice usted a los verdugos y afirma usted que están defendiendo la cultura. En España estaba un colega de usted, el viejo escritor Pío Baroja. No era, ni mucho menos, un revolucionario. Como usted, no tenía simpatías por los marxistas. Cuando le pregunté por qué no había al Congreso de escritores para la defensa de la cultura, me contestó que no quería ocuparse de política. Ha caído en manos de los amigos de usted: querían que diera su bendición a los carlistas, asesinos de obreros: Pío Baroja ha contestado: «No.» ¿No ha enrojado usted de vergüenza al oír esta contestación? Sus amigos han arrastrado a Pío Baroja por las calles. Le gritaban: ¡Perro! Querían fusilarlo. ¡Verdad, Unamuno, que han defendido valientemente la cultura!

Los escritores de España no van por vuestro camino. El poeta Antonio Machado, lírico y filósofo, digno heredero del gran Jorge Manrique, está con el pueblo y no con los verdugos. El filósofo Ortega y Gasset, que había vacilado mucho, ha vuelto la espalda a los bandidos en esta hora decisiva. Ramón Gómez de la

(Continúa en la página siguiente)

Un ejemplo sin imitadores burgueses

A pueblo pequeño, cacique grande.

Y, sin embargo, caso raro, existe un pueblecito minúsculo por su superficie, Castejón del Puente, en estas nobles tierras del Alto Aragón, en donde pudo haber un cacique y no lo hubo. José Cabero, casi un adolescente por su edad, un hombre por sus obras y sus hechos, era dueño del sesenta por ciento de su término municipal. Cabero no esperó la revolución. Cabero, ya la hizo, revelándose un ser para todos querido, al pretender un jornal decente para los trabajadores de esas tierras, un día de sus mayores, después suyas y hoy cedidas al Comité local por propio impulso de un dinamismo puro y avasallador. Raro caso de despre-

dimiento en favor de sus hermanos, de raza es necesario divulgarlo a los cuatro vientos. Quién se despojó en favor de sus hermanos, de todo aquello que pudo constituir una vida de lujo y de placer, quién a la hora de luchar por las libertades de un pueblo entregó sus armas y se reservó sólo una para acudir el primero a las barricadas, si fué burgués por su nacimiento, quedó convertido en anarquista por sus actos.

Bien merece ser divulgado este acto, para que el nombre de José Cabero sea conocido y respetado por la masa proletaria del mundo entero.

Cabero renunció a ser burgués, Cabero es todo un revolucionario. ¡Saludémosle!

JUAN CABERO URBANO

Explicación ejemplar de un hecho ejemplar. (Reproducido de «El Frente»)